

# Una reflexión entre las dimensiones nacional y global: el comunismo italiano en la historia del siglo XX\*

**Tommaso Baris**

*Università degli studi di Palermo*

El pasado mes de noviembre de 2020 se celebró un denso encuentro dedicado al comunismo italiano en la historia del siglo XX, organizado por la Fundación Instituto Gramsci de Roma. El congreso, que contó con hasta 30 ponencias, organizadas en seis paneles con otros tantos *discussants*, trató de repensar la historia del Partido Comunista Italiano leyéndola no solo en su dimensión nacional, cuya especificidad habían remarcado desde hace tiempo historiadores ligados al propio PCI como Ernesto Ragionieri y Paolo Spriano, sino también y sobre todo en su posición internacional.

A través de tres grandes macro-secciones, la primera dedicada al problema de la Revolución y el Fascismo, la segunda a la relación con una sociedad italiana atravesada por profundas transformaciones desde la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años ochenta, y una tercera dedicada a la declinación del binomio nación-internacionalismo desde la Segunda Guerra Mundial hasta el fin de la URSS, las aportaciones buscaron repensar la historia del PCI dentro del movimiento comunista global. El camino de los comunistas italianos se ha reconstruido, por tanto, desde sus

\*«Il comunismo italiano nella storia del Novecento», Fondazione Gramsci, 12-14 de noviembre de 2020. Traducción de Julián Sanz Hoya.



orígenes hasta su conclusión, a partir del vínculo nacional-internacional, categoría desarrollada por otro importante historiador vinculado al PCI, Franco De Felice. En la primera sección se reafirmó como fundamental para entender la génesis del Parti-

do Comunista de Italia (PCd'I), sección de la III Internacional, la pertenencia al movimiento mundial que se reconoció en el «salto» de los bolcheviques en Octubre. El PCd'I fue un partido de minorías obreras e intelectuales, convencidas de que la llegada al escenario de las grandes masas populares provocada por la Gran Guerra abría una fase revolucionaria. Fue en esta perspectiva, señaló Francesco Giasi, que se justificó la ruptura con la tradición reformista, de la que algunos también reconocieron la fuerza, porque con su función «corruptora» frenaba el proceso de toma del poder que ahora parecía posible bajo la presión del Octubre bolchevique. De ahí la meta de una «nueva» entidad política, con una ideología bien definida y claros objetivos revolucionarios, lo que explica el papel inicial desempeñado en la nueva formación por Amedeo Bordiga, quien desde los años de la guerra había trabajado por una escisión del Partido Socialista. El propio Bordiga, sin embargo, pronto entró en colisión con la Internacional Comunista, por la indicación de esta última de «hacer política» a través del «frente único», para reconstruirse recuperando la relación con los socialistas vinculados al líder maximalista Giacinto Menotti Serrati.

De esta disputa entre la Komintern y los italianos surgió, no sin gran esfuerzo, la dirección de Antonio Gramsci, que, sin rechazar la reunificación con los maximalistas, llevó a cabo una teórica «refundación» del partido en el Congreso de Lyon de 1926 (celebrado en Francia por la afirmación del régimen fascista y su represión). La afirmación del grupo de dirigente «gramsciano» estaba, por tanto, ligada a la «bolchevización» del movimiento comunista internacional que, como señaló Leonardo D'Alessandro, acentuaba su identificación con la URSS estalinista de manera mecánica y fideísta, mientras que hasta entonces

el debate interno, incluso dentro de la Komintern, había sido bastante abierto. Bloqueada la revolución en Occidente, fue por tanto la imagen de la Unión Soviética bajo el liderazgo de Stalin, con sus éxitos -pero también con hechos dramáticos- la que sostuvo y alimentó la fe de una nueva generación de «revolucionarios profesionales», de extracción obrera y popular, de la que habló Alexander Höbel. Unos revolucionarios asimismo caracterizados por su abnegación por la causa revolucionaria, capaz de anular la dimensión privada en favor de la pública, no sin dolor, en nombre de la primacía de la política y ideología, un tema en el que se centró Anna Tonelli.

Precisamente el enfrentamiento con el fascismo llevó a Gramsci (detenido por el régimen y sometido a una prolongada detención que llevó a su muerte) y luego a Palmiro Togliatti (de hecho su sucesor al frente del partido italiano pero también líder autoritario de la propia Internacional) a un análisis innovador, en muchos sentidos libre de prejuicios y no siempre en sintonía con las interpretaciones imperantes en la Komintern, como subrayó Alessio Gagliardi. De hecho, los dos dirigentes italianos reconocieron el cierre del ciclo revolucionario y su momentánea derrota en Occidente, profundizando en el tema planteado por Nikolaj Bujarin de la «relativa estabilización» del capitalismo y sacando de él importantes consecuencias políticas. Gramsci se orientó progresivamente a «repensar» la lección de Lenin y a plantearse el problema de su «traducción» a un Occidente morfológicamente diferente al Oriente y, además, en el que el capitalismo se reorganizaba a través del fordismo y el fascismo se convertía en un modelo a imitar en Europa, presentándose después de la crisis de 1929 como una tercera vía entre el liberalismo y el comunismo soviético. Incluso Togliatti, a través del método del «análisis diferencia-

do», planteó el tema de la consolidación y el apoyo del fascismo, pero también de su entrelazamiento con el desarrollo capitalista. Ambos dirigentes también razonaron sobre el papel asumido por el Estado en la Unión Soviética, entrelazado con el Partido Comunista Ruso de una manera aún más estricta bajo el estalinismo, que estaba «remodelando» radicalmente la sociedad rusa, en muchos casos de forma sangrienta y dramática, impulsando su salto hacia la modernidad industrial.

Sin embargo, la acción estatal no había adquirido un protagonismo absoluto sólo en la Unión Soviética, sino que este proceso también se estaba desarrollando en Estados Unidos y Europa, especialmente después de 1929, con la afirmación de tendencias intervencionistas y de «planificación económica». De ahí la preocupada atención de Gramsci a la capacidad de la URSS para mantener la relación entre obreros y campesinos como constitutiva de la naturaleza socialista de su régimen, declinandola en términos «hegemónicos» incluso a nivel global e internacional; mientras que Togliatti siempre pareció identificar la fuerza atractiva del socialismo con el fortalecimiento del poder estatal soviético, presentando a la URSS como la «patria del socialismo» y el único punto de referencia seguro para el proletariado revolucionario.

Con distintas variantes, los dos líderes compartieron la función central desempeñada por la URSS pero superaron la imagen inicial de la Revolución como una insurrección militar urbana liderada por los trabajadores. La transformación revolucionaria de la sociedad requería ahora a sus ojos de un largo proceso molecular a preparar en la sociedad civil, en el cual el papel del Estado devenía crucial para alcanzar un éxito y una consolidación duraderos. De estas reflexiones surgió un bagaje teórico

que se afinaría aún más en la experiencia de los frentes populares y durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la URSS favoreció la nacionalización de los partidos comunistas, disolviendo la Internacional en 1943 para sellar la alianza antinazi con Gran Bretaña y Estados Unidos. Togliatti fue entonces el líder comunista que más razonó sobre la persistente centralidad de la URSS como referente del movimiento revolucionario en tanto que gran potencia global en ascenso, pero vinculando esta dimensión a la idea de una posible «fase de transición» en Europa Occidental, que no sería breve y que debía perseguirse a través de una alianza antifascista con los «partidos populares» que habían pasado por la experiencia de la Resistencia y la lucha contra el nazismo.

Se trataba de una «nacionalización» de los partidos comunistas, que llevó a repensar su internacionalismo hacia la Unión Soviética, como explicó Silvio Pons, alimentando una línea que fue progresiva en los años sucesivos. Togliatti fue seguramente el mayor intérprete de esta perspectiva, aunque con algunas fluctuaciones, como demuestra el ensayo de Tommaso Baris dedicado al PCI, denominación asumida precisamente en esos años. Fue este histórico líder, de vuelta a la patria, quien guió el partido en esta perspectiva, acompañando esta línea con una gran innovación política para el movimiento comunista, es decir, la del «partido nuevo», una formación popular, de masas, abierta a las clases medias. Carlo Spagnolo se ocupó de ello, subrayando la capacidad del PCI de arraigarse en la sociedad italiana, que pasó por la reafirmación del vínculo simbólico con la Unión Soviética, revivido a lo largo de los años también a través de una política de hermanamiento con las ciudades de las democracias populares, de la que trató Teresa Malice. Para fortalecer esta conexión a nivel emocional, el PCI construyó su propia ritualidad

y su universo simbólico, ligado asimismo a profundas raíces presentes en la cultura popular italiana, aspecto en el que se centró Marco Fincardi. En cualquier caso, como ha reconstruido Andrea Guiso, el partido experimentó con nuevas formas de movilización cultural, abiertas a formas de consumo moderno, incluso de procedencia norteamericana, a través de las cuales transmitir, si bien superando la división entre alta y baja cultura, el mensaje de la lucha por la paz, obviamente leída en términos de alineación prosoviética, antiatlántica y antioccidental.

Desde el punto de vista de Togliatti, por tanto, la pertenencia al «campo socialista» era el requisito previo del proyecto «reformador» del comunismo italiano, confirmado por las habilidades demostradas en el gobierno local, analizado por Luca Baldissara, atento a la historización de aquellas experiencias, incluyendo sus límites. Quizá sea útil subrayar la gran atención del PCI a la «compatibilidad» de sus propuestas, evidente en particular en el caso del Sur y la reforma agraria (estudiada por Massimo Asta), manteniéndolas dentro de un área de modernización democrática y civil, y buscando en estos aspectos alianzas cada vez más amplias entre las fuerzas populares. Sin embargo, esta moderación no significó una transformación en sentido socialdemócrata y la asunción de un horizonte «reformista» en el sentido estricto del término. Más bien, el PCI siguió su propia búsqueda de la transformación del Estado, a través del fortalecimiento de la planificación económica y la defensa de la democracia republicana, por ejemplo frente al terrorismo rojo o negro, como mostró Guido Panvini. Esta democracia fue vista como un elemento a expandir y ensanchar para llegar a un camino propio de «transformación socialista» de la sociedad italiana y, por lo tanto, de la realización de un inédito camino «revolucionario» del Occidente.

Precisamente en esta perspectiva debe leerse la relación entre el partido y la sociedad italiana, especialmente cuando a partir de la década de 1960 surgieron nuevos actores y subjetividades sociales, desde el sindicato (del que se ocupó María Luisa Righi), a las mujeres (Molly Tambor), y el feminismo (analizado por Maud Bracke). Los comunistas italianos también intentaron representar nuevas reivindicaciones, como el ambientalismo, analizado por Grazia Pagnotta, y la cuestión de la inmigración, de la que habló Michele Colucci, mientras que otras ya conocidas, como la paz (y los derechos humanos) regresaron en formas distintas a las del pasado, como mostró la ponencia de Gianluca Fiocco. Contrariamente a muchas lecturas simplificadoras, el PCI tuvo, por tanto, su propia lectura de los procesos de modernización que vivía Italia, un aspecto analizado por Bruno Settis para el período de la Reconstrucción y por Paolo Capuzzo para el modelo posfordista y el nuevo consumo, sin dejar de utilizar las nuevas formas de comunicación de masas, como mostraron las intervenciones de Vanessa Roghi y Ermanno Taviani. El PCI, a diferencia de otros partidos comunistas europeos, por lo tanto, trató de relacionarse y transmitir los nuevos impulsos nacidos desde *el 68* en un sentido igualitario y expansivo de la democracia, al tiempo que se distanció de las traducciones partidistas inmediatas que surgieron de la protesta, como explica Valentina Casini.

Esta búsqueda interna estuvo acompañada del desarrollo de las tesis expresadas por Togliatti en el Memorial de Yalta, centradas en la cuestión de los caminos nacionales hacia el socialismo y del policentrismo. De hecho, a partir de la «Primavera de Praga», el PCI organizó su propia política exterior, muy atenta a las relaciones con los movimientos de liberación en África, en las que se centró la aportación de Marco Di Maggio y Gabriele Siracusano, y en Asia, al tiempo

que intensificó su relación con los partidos socialdemócratas y socialistas, así como su implicación con las nacientes instituciones de la Europa unida, temas abordados por Michelangelo Di Donato. En este contexto, se produjo una importante transformación de la relación con la Unión Soviética. Si el PCI siguió defendiendo el valor histórico de la ruptura que representó la Revolución de Octubre, cuya dimensión fundacional era reconocida con respecto a la experiencia posterior de los movimientos de liberación anticolonial y antiimperialista, dejó sin embargo de señalar a la URSS como ejemplo a imitar. En cambio, reclamó la búsqueda de una vía autónoma, adecuada al contexto de la democracia multipartidista, para la realización del socialismo. La política del PCI, por tanto, ligó estrechamente las dimensiones interna y externa, vinculando el tema de la expansión de la democracia, entendida siempre como expresión de los grandes partidos de masas, con el fortalecimiento de la distensión internacional, no interpretada como un reconocimiento recíproco de esferas de influencia separadas, sino como oportunidad para poner en relación y cooperación a los países de ambos bloques.

Estas pautas sobre las que el PCI había construido su acción política, aunque sin poder traducirlas en un diseño coherente de reformas institucionales (según analizó Sandro Guerrieri), condujeron a un callejón sin salida -explicó Gregorio Sorgonà- tras el asesinato de Aldo Moro, el principal interlocutor de Enrico Berlinguer en su proyecto de *compromiso histórico* entre las principales fuerzas políticas (y populares) de la

República. Asimismo, en el ámbito cultural estallaba la crisis del marxismo, cuya validez heurística continuaron en todo caso reafirmando los comunistas italianos, como indicó Giulio Azzolini. En conjunto, sin embargo, tanto el escenario internacional como el nacional plantearon grandes dificultades al PCI, debido a la expansión del neoliberalismo y la crisis de las relaciones políticas tanto con el DC como con el PSI, acusados de introducir algunos paradigmas neoliberales. Frente a la alianza del *pentapartito*, hijo del eje DC-PSI, así como a la grave degeneración del sistema político italiano y sus connivencias criminales, los comunistas italianos empezaron entonces a apuntar cada vez más a la afirmación de un sistema bipolar. Ese modelo, de hecho, les habría salvado del papel de eterna oposición al que la ley proporcional los relegaba. En este contexto, el fin de la URSS y el colapso del Muro de Berlín terminaron siendo un elemento de aceleración de la discusión interna del PCI, alentada también por el colapso simultáneo del sistema político italiano a través de las investigaciones realizadas por el poder judicial milanés y denominadas *Tangentopoli* por la prensa. El cambio de nombre del partido y la asunción del sistema bipolar como fundamento de su papel cerraron así la experiencia del PCI, cuyas cuadros dirigentes vieron los nuevos fundamentos políticos e ideológicos de su acción en el europeísmo y en la idea de un papel regulador positivo del mercado, abandonando así no sólo la tradición comunista, sino incluso en muchos sentidos la socialdemócrata.